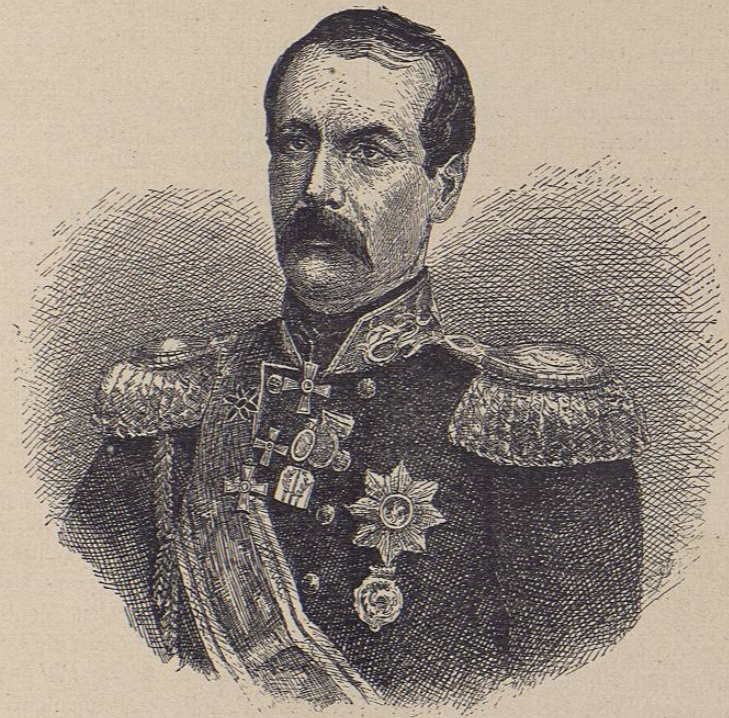


llamar al general Canrobert, á quien el emperador había dado una letra condicional de servicio, y le había hecho entrega del mando en jefe; y aquel mismo día, cuando las tropas instalaban su vivaque á orillas del Tchernaiá, una orden del cuartel general les anunció que el vencedor del Alma iba á regresar á Francia, si antes la muerte, más veloz, no le privaba de la última alegría de la vuelta á la patria. La conmovedora despedida del general en jefe provocó en todos un varonil enternecimiento, subiendo de punto la emoción cuando divisaron el coche de Saint-Arnaud que avanzaba al través

honor mezclar sus homenajes con los de sus aliados. Así llegó la comitiva al puerto: el ex comandante en jefe fué colocado en la toldilla y junto á él se sentó el sacerdote que había sido llamado para recoger sus pensamientos secretos y confortar su agonía con la esperanza. El *Berthollet* levó anclas, lanzó á los aires una bocanada de humo parecida á la humareda de una detonación fúnebre y se alejó en dirección al Sudoeste, muy lejos de aquella soberbia Sebastopol, que el mariscal no había hecho más que entrever y en la que otros tendrían el honor de entrar.



El general Todleben

del campamento y se dirigía á Balaklava. El enfermo, al ver á sus soldados, se incorporó, y habiendo distinguido entre ellos algunos zuavos, mandó que se le acercaran, y acordándose sin duda de las antiguas luchas en Africa, les tendió la mano, y una sonrisa, extraña como todas las de los moribundos, animó su semblante, ya casi sin expresión. Merced á una medicación enérgica, la crisis colérica cedía, pero dejando en pos de sí una debilidad para la cual no había de haber remedio. Cuando llegó á Balaklava, el mariscal no pensó más que en embarcarse cuanto antes; tal vez se hacía la ilusión de que podría aún volver á ver á su familia; quizás, viéndose ya privado de la gloria de combatir, quiso completar su sacrificio poniendo entre su ejército y él el mar.

Hasta el 29 no estuvo dispuesto para partir el *Berthollet*, el mismo buque á bordo del cual había llegado hacía poco de Francia Saint-Arnaud; á las ocho apareció éste conducido en una litera que llevaban los marineros; á los pies del moribundo habíase extendido una bandera tricolor; dos compañías de zuavos formaban en dos filas. Jefes y soldados, todos aquellos á quienes dejaba libres el servicio, habían acudido al paso del cortejo y con miradas mudas saludaban al que había sido su general; los ingleses habían considerado como un

En París se supo la enfermedad de Saint-Arnaud casi al mismo tiempo que la victoria del Alma, y aquella noticia vino á ser una sombra en medio de los esplendores del triunfo. El día 11 de octubre, el *Berthollet* llegó á Marsella con el pabellón arrollado, y los marineros dejaron en tierra el ataúd del mariscal que había muerto durante la travesía del mar Negro, ocho horas después de haber salido de Balaklava. El soberano, queriendo honrar con homenajes excepcionales al que había dado á su reinado el bautismo de la gloria, mandó que se le hicieran públicas exequias, hizo extensivos á su familia los testimonios de su munificencia y dispuso que su cadáver fuese enterrado en los Inválidos. La opinión ratificó tan altas recompensas, y ni en Francia ni en Inglaterra hubo una voz discordante que perturbara la unanimidad de aquellas manifestaciones. Una crítica severa moderaría con algunas reservas tan favorable juicio: recordaría lo que Saint-Arnaud fué en Africa, soldado valeroso como ninguno, pero con un matiz de aventurero, modelo de valor y de fogosidad más que de virtudes militares; recordaría también la empresa dudosa del golpe de Estado; y añadiría que, aun durante la última campaña, el comandante en jefe, con la movilidad de sus planes, había á veces alarmado á sus

amigos, dejando en su ánimo la impresión de un osado y brillante general más bien que de un militar cumplido y previsor. Pero los contemporáneos no se hicieron estas reflexiones y sólo vieron al héroe de la victoria y al mártir del sufrimiento, y esta especie de triunfo que concluía en la muerte no dejó espacio más que para una enternecida admiración. ¿Conviene ser más exigente y escudriñar los más recónditos rincones de una existencia tan bien terminada? Es una piadosa creencia cristiana la de que los que sucumben por la defensa ó la confesión de su fe reciben, á pesar de sus pecados, inmediata recompensa y Dios no ve de su vida entera sino el acto que la ha coronado. Los pueblos tienen una justicia análoga: no piden cuentas á los que han muerto para asegurar su salvación ó aumentar su honor, y con un veredicto soberano, más justo quizás que nuestras justicias de detalle, borran sus faltas y les hacen entrar sin mancha alguna en la posteridad.

IV

Mientras el mariscal Saint-Arnaud luchaba débilmente con la muerte, nuestras tropas trepaban por primera vez á la meseta de Quersoneso. Era el 27 de septiembre. La impresión fué triste. Tres días antes habían acampado en la verde orilla del Belbek, y la víspera habían plantado sus tiendas en el fértil valle del Tchernaiá. Los ojos, acostumbrados á una naturaleza risueña, fueron impresionados por el severo aspecto de la región que descubrían. El suelo era pedregoso, los árboles escasos y doblados por el viento del mar; no había agua corriente, sino pozos y cisternas; no había pueblos ni aldeas, sino algunas casas de campo situadas en los sitios más abrigados y rodeadas de cercados que un cultivo paciente había transformado en viñas ó huertos. Completamente al Sur y cerca del mar se divisaba, en medio de un pequeño bosque, un vasto edificio: era el monasterio de San Jorge, que delineaba en lo alto del acantilado la pequeña cúpula de su capilla.

Continuando la exploración se dieron más exacta cuenta de aquellas posiciones en que, según todas las apariencias, nuestras tropas se establecerían, ya para preparar un ataque á viva fuerza, ya para emprender un sitio en regla.

La meseta ó península de Quersoneso (que de ambas maneras se llamaba) mide unos 13 kilómetros de largo por 15 de ancho. Termina al Este por una línea de escarpamentos, designados con el nombre de *monte Sapuno*: al Sur y al Oeste linda con el mar, proyectando en él varios promontorios, el más elevado de los cuales es el cabo Quersoneso; al Norte confina con la gran rada de Sebastopol. No forma una planicie llana, sino cortada por numerosos barrancos, que corren casi todos de Sudeste á Noroeste y bajan unos hacia el mar y otros hacia la gran rada que recortan en una serie de ensenaditas. Franceses é ingleses podían estudiar aquellas extrañas sinuosidades del suelo, especie de valles sin agua. A la derecha se extendían los barrancos del *Carenaje* y de los *Docks* (ó de *Karabelnaia*); á la izquierda serpenteaba el de la *Cuarentena*, que más tarde había de llamarse de las *Balas* á causa de los proyectiles que en él cayeron. En el centro nacían otros dos grandes barrancos, el de *Sarandínaki* y el del *Laboratorio*

ó *Voronzof*, los cuales, reuniéndose en su desembocadura, formaban una verdadera bahía, más profunda y más segura que todas las demás. En ella fijaban principalmente su atención, porque esta bahía, llamada *bahía del Sur*, era el puerto mismo de Sebastopol. Allí, en lontananza, en la costa septentrional de la gran rada, se alzaba el fuerte del Norte, objeto primitivo de nuestro ataque. Luego, la rada misma, anchamente abierta al mar y defendida por una serie de fortificaciones, tales como los fuertes de Constantino y Alejandro, de Miguel y Nicolás, de Catalina y de Pablo. En la costa meridional de esta gran rada desemboca la bahía del Sur, puerto militar de Sebastopol. Al Oeste y al Este del puerto se extiende la ciudad: al Oeste, la ciudad propiamente dicha, pintorescamente asentada en la falda de una colina y prolongándose hacia una pequeña ensenada llamada bahía de la Artillería; al Este, el arrabal de Karabelnaia, que contiene los cuarteles, los docks, los arsenales, el hospital de la marina, en una palabra, los más importantes edificios de este gran establecimiento naval.

Los oficiales de ingenieros y de Estado mayor estudiaban con ayuda de sus gemelos, ó procuraban adivinar las fortificaciones de la plaza. Sabían que, por la parte del mar, Sebastopol tenía defensas formidables, y se conocían de un modo general los fuertes que protegían la entrada de la rada. Pero, por la parte de tierra, ¿cuál era la fuerza de la resistencia? Sobre este punto capital no se tenían más que datos contradictorios ó incompletos. La verdad es que nuestros enemigos aún no habían organizado entonces el poderoso sistema de defensa que fué creado pocos días después. No había recinto continuo de murallas. Yendo de Oeste á Este y siguiendo la línea esbozada de los muros, se encontraban sucesivamente el *Bastión de la Cuarentena*, el más avanzado de todos y el único casi concluido; el cuartel, fortificado y artillado, y, cerca de éste, un reducto, que figuraban en el punto en que se alzó pronto el *Bastión central*; una triple serie de barricadas que cortaban el camino de Balaklava á Sebastopol, protegiendo las bocacalles, y por último, hacia el barranco de Sarandínaki, una estrella aislada, armada de algunos cañones y que los aliados habían de designar con el nombre de *Bastión del Asta*. Tales eran las defensas de la ciudad propiamente dicha, desde la bahía de la Artillería hasta el fondo del puerto del Sur. Por la parte del arrabal de Karabelnaia las obras eran aún más imperfectas. Donde se levantaron más tarde la *Batería de los cuarteles*, la *Grande* y la *Pequeña Estrella* y la *Batería de la Punta* no había entonces más que algunas obras de defensa enlazadas por trincheras (1): de todas estas obras sólo una llamaba poderosamente la atención, y era una torre semicircular, más ancha que alta, de dos pisos almenados, con una plataforma coronada de artillería y rodeada de un terraplén formando glacis: desde esta torre, edificada hacia poco á expensas de los comerciantes de la localidad y situada en una eminencia, se dominaba todo el barrio de Karabelnaia, el puerto y la ciudad misma: los aliados la llamaron al principio la *Torre Blanca*, á causa de su color claro que se desta-

(1) Véase el *Journal des opérations du génie*, págs. 21 y siguientes, y Todleben, *Défense de Sébastopol*, primera parte, páginas 124 y siguientes.

caba sobre la verdura de la colina: más tarde se la designó con el nombre de *Torre de Malakof*, nombre que conservará en la historia.

Desde lejos, todo este conjunto no aparecía sino con un relieve indeciso y mal acusado. No era que la guarnición estorbaba mucho nuestras descubiertas; apenas alguna que otra bala de cañón se perdía por los barrancos ó venía á caer en la meseta. Todo el cuidado de los rusos se concentraba en un solo objeto: perfeccionar con toda la rapidez posible sus medios de defensa y dar á sus obras improvisadas el perfil y la consistencia que les faltaban. Habiendo el peligro cambiado de sitio, los principales recursos del armamento fueron transportados de la parte del Norte á la parte del Sur. Marineros, soldados, burgueses, menestrales, hasta mujeres, desplegaban una actividad á la vez ordenada y febril (1). Bajo el impulso de millares de brazos, las nuevas obras se levantaban con sorprendente rapidez y las antiguas se modificaban y completaban á ojos vistas. Nuestros oficiales de descubierta comprendían que sus informes ó sus croquis iban á dejar de ser exactos antes de darles la última mano. Otra cosa les desorientaba un poco: acostumbrados á las líneas de la fortificación clásica, eran desconcertados por aquellas obras irregulares que no correspondían á las teorías de escuela, pero que estaban apropiadas con una osadía original á la naturaleza de los lugares ó combinadas con previsora rapidez para las necesidades del momento. Algunos adivinaron desde luego que una inteligencia á la vez audaz y reflexiva dirigía aquellos esfuerzos, y que aquella Sebastopol que vislumbraban por primera vez encerraba un émulo del mejor de entre ellos. No se equivocaban. Detrás de aquellos muros improvisados se encontraba Todleben, cada vez más escuchado á pesar de su modesta graduación. Con una intuición genial comprendió los recursos que ofrecería para la resistencia la configuración abarrancada de la ciudad y de Karabelnaia: sin preocuparse de trazar una línea completa, obra quimérica en presencia del enemigo, se aplicaba á utilizar las posiciones principales que la naturaleza había preparado para la defensa: ya las estaba armando, y para ello acudía á los arsenales, y también á la escuadra, cuyo inmenso material estaba disponible entonces. Secundábale Khornilof, que había abandonado el fuerte del Norte para trasladarse á la costa meridional de la rada grande. Todleben era el genio práctico, fecundo en combinaciones y verdaderamente salvador; Khornilof era el entusiasmo patriótico llevado hasta el misticismo. El 27 de septiembre, las campanas de las iglesias tocaron á oración, y largas hileras de curas, precedidos de la cruz y distribuyendo agua bendita, desfilaron en procesión á lo largo del recinto inacabado, y en previsión del asalto excitaban para la lucha suprema á los defensores del zar y de la fe ortodoxa.

¿Iba á darse en seguida aquel asalto decisivo, ó se iba á procurar que disminuyeran los riesgos, ejecutando trabajos preparatorios? Al general Canrobert, apenas investido de su autoridad reciente, y á lord Raglán, lanzado otra vez en su ancianidad á las aventuras guerreras, correspondía la terrible decisión.

La debilidad relativa de las obras edificadas hasta

(1) Todleben, *Défense de Sébastopol*, primera parte, pág. 264.

entonces, los poderosos recursos de los dos ejércitos de Francia é Inglaterra, la oportunidad de responder con algún hecho brillante á la expectación de Europa, eran razones que aconsejaban dar un golpe inmediato. En apoyo de una acción inmediata se añadía que los rusos, inseguros del punto de ataque, se verían obligados á repartir sus tropas entre la ciudad propiamente dicha y Karabelnaia, de modo que los aliados, fuese cual fuere su objetivo, no encontrarían más que fuerzas divididas. Se observaba, en fin, que las defensas de Sebastopol aumentaban cada día y que, por tanto, á medida que se retrasase la empresa, ésta sería más peligrosa y sangrienta.

A pesar de estos argumentos, los partidarios de la dilación eran numerosos. Hacían valer la fuerza de la guarnición, grandemente aumentada con los marinos disponibles. Mostraban al ejército de Menschikof en libre comunicación con la ciudad, pudiendo á su antojo encerrarse en ella ó sostener la campaña. Consideraban las fortificaciones incompletas sin duda, pero no despreciables, sobre todo si estaban bien artilladas. Una consideración superaba, en su concepto, á todas las demás: aun el éxito más brillante no terminaría la guerra; en cambio, la derrota sería un desastre irreparable si los ejércitos vencidos eran rechazados hasta sus buques. Así hablaban los jefes más circunspectos, y también algunos de los más turbulentos. Estos últimos se adherían á la contemporización, no por gusto, sino porque ya consideraban tardío el golpe que hubieran querido dar. En la guerra, como en la política, decían ellos, hay una hora en que la fortuna favorece á la audacia y en que la verdadera prudencia está en atreverse á todo; pero esa hora es breve y al que no la ha aprovechado no le queda más remedio que obrar con prudencia.

El general Canrobert y lord Raglán, á doscientas leguas de su país, tenían por principal cuidado la integridad del ejército confiado á su dirección. La dualidad de mando no permitía las resoluciones rápidas. Uno y otro se negaron á una aventura que, después de ocho días de marcha y de tanteos en torno de Sebastopol, ofrecería todos los peligros sin las ventajas de una sorpresa. Mientras en Europa se esperaba de correo en correo la rendición de Sebastopol, mientras circulaba la falsa noticia de la toma de la plaza, los generales en jefe combinaban sus preparativos para una serie de operaciones preliminares que facilitarían el ataque á viva fuerza y aseguraran su éxito.

De todas las medidas la más urgente consistía en asegurar el abastecimiento del ejército por las escuadras. Los ingleses habían ocupado la ciudad y el puerto de Balaklava, que habían de ser comunes entre las dos naciones. Obligados á proveerse en otra parte, nuestros marinos señalaron al Oeste de la península de Quersoneso una bahía segura, profunda y bastante vasta para abrigar toda la escuadra, la bahía de Kamiesch, descubierta con tanta oportunidad que se la llamó la *bahía de la Providencia*. Una vez escogida la base de la operación, se necesitaba dividir la tarea entre ambos ejércitos. Los franceses, extendiéndose al Oeste, tuvieron que continuar el sitio contra la ciudad propiamente dicha; los ingleses se encargaron de los ataques contra el arrabal de Karabelnaia; franceses é ingleses se encontraron separados unos de otros por el barranco de Sarandínaki, que